

## Marc Augé: «La expresión “derechos humanos” no tiene sentido si no se refiere al individuo»

Sergi Doria

*M*arc Augé (Poitiers, 1955) ha hecho de la antropología un asunto cotidiano. Profundo conocedor de las culturas africanas e hispanoamericanas, en las últimas décadas ha concentrado su mirada en su entorno más inmediato, hasta escudriñar el código genético de las sociedades contemporáneas. En ensayos como *El viajero subterráneo*, *Los no lugares* o *La guerra de los sueños*, el director del Centre Nationale de Recherche Sociale (CNRS) columbra un tiempo en ruinas: aeropuertos con turistas que cojean el paisaje mientras ojean folletos de tour operators; pesadillas que acaban reproduciendo los realities-shows y el 11-S: la ampliación del campo de batalla.

—Empecemos con el título de su último libro. ¿Por qué vivimos?

—Lo primero que subrayaré es «por qué», esas dos palabras. No puedo contestar a ese «por qué», pero me parece que desde hace unas décadas el lenguaje de las finalidades ha desaparecido... Por

ejemplo, la política colonial y poscolonial adoptaba un lenguaje de las finalidades: se decía que estábamos desarrollando, civilizando... Los intelectuales y políticos africanos como Sekú Turé o Sengor habían conocido el mensaje occidental y creían poder desarrollar la filosofía europea. En los años setenta ese lenguaje desapareció. La descolonización dio paso al lenguaje de la caridad: la Madre Teresa, las oenegés y todo el sector humanitarista, del que habría mucho que decir y no precisamente cosas buenas... Ya no se hablaba de desarrollo, ni de porvenir, a floraba una ideología asistencial para una pobreza que se consideraba crónica.

*—¿Se hacía realidad el «No future» que jaleaba el movimiento punk?*

—Desaparecía el lenguaje que hablaba de futuro. El fin de los grandes relatos del posmoderno Lyotard había desterrado la utopías que en el siglo XX alumbraron totalitarismos. Se imponía una ideología del presente que se puede analizar en lo que yo llamo «cosmotecnologías», toda esa circulación de imágenes y mensajes; esa ideología que Fukuyama resume en el «fin de la Historia»: no hay más discusión sobre la ley del mercado, la democracia representativa que es el «non plus ultra» de la sociedad. Me llama la atención el silencio ante esa declaración, la desaparición de referencias al futuro.

*—¿Futuro o porvenir?*

—Digamos porvenir. Vivimos en un mundo de miedo, esperando un acontecimiento aciago: terrorismo, violencia... Pero no intentamos entender todo eso, analizarlo en el tiempo, en relación al pasado y al futuro; simplemente, presentimos que algo va a pasar: la guerra preventiva y el derecho de injerencia son manifestaciones de ese miedo.

*—Describe en su obra una sociedad desmemoriada. Un actualismo que ignora la historia y no puede comprar para evaluar cada coyuntura...*

—Ya no hay pasado, sino escenificación del pasado. Algún historiador francés ha definido el fenómeno: no hay memoria sino conmemoración. Cuando se conmemoró el sesenta aniversario de la liberación de París por las tropas aliadas organizaron un desfile de actores que interpretaban a los soldados; una representación parateatral que me recordó muy bien aquella fecha...

—*La cultura del parque temático...*

—Sí, de la disneyzación... El efecto Disney, como autorreferencia para el futuro: de un estado en el cual la ficción se nutría de la transformación imaginaria de lo real, hemos pasado a un estado en el cual lo real se esfuerza en reproducir la ficción. Bajo este diluvio de imágenes me pregunto si queda sitio todavía para la imaginación...

—*En su libro El viajero subterráneo le vemos como Zazie, «dans le metro». ¿Qué observa un antropólogo en el metro?*

—Lo publiqué hace muchos años y creo que ahora podría escribir otro libro sobre el mismo asunto. En el metro se ven todos los problemas de la sociedad como con una lente de aumento. Por supuesto, el metro de hoy no es el mismo de hace treinta años. En España ustedes perciben una mezcla de razas. La nueva pobreza apareció en el metro, la publicidad... Es un concentrado social digno de ser estudiado.

—*El siglo XX se inauguró con la muerte de Dios. ¿Con qué dioses lo hemos sustituido?*

—Se habla mucho de Dios: el del Islam, el de los evangelistas norteamericanos... En ambos casos subyace una evidente intencionalidad política. No es tanto un mensaje de índole metafísica. Asistimos a una privatización de la existencia de Dios: cada uno puede elegir sus propias referencias religiosas. Que el fenómeno religioso se limite a la esfera individual es algo positivo, pero hay otros as-

pectos: sabemos muy bien que a veces no hay muchas posibilidades de elección. Estamos en una sociedad de consumo y el fenómeno religioso puede ser también un mercado. Cada vez se habla más de los cristianos, los musulmanes, los judíos y no de una mayoría de gente no adscrita a ninguna confesión. Parece que profesar una religión sea algo obligatorio.

*—Hemos aludido a la religión como manifestación individualizada, pero en otros casos, como el Islam, religión y Estado se confunden...*

—No es sólo el caso del Islam. Es común a la historia de todas las religiones monoteístas. El Islam es la religión más joven; se desarrolló en países pobres, donde no se producía una lucha por los derechos políticos como en la Francia del siglo XVIII. Hoy se percibe una ofensiva islamista para controlar a los musulmanes en los países que les acogen como inmigrantes que no se puede tolerar. Esta ofensiva islamista tiene objetivos de tipo político respecto al emigrante... No se puede aceptar porque pone en peligro la concepción de la democracia.

*—Siempre que nos referimos a la tribu pensamos en África. ¿Cuáles son las tribus de Occidente?*

—El problema es que la palabra «tribu» es utilizada en sentido metafórico. Hablamos de tribus urbanas, de los internautas. No niego que existan pequeños grupos... La utilización de la palabra «tribalidad» definía un funcionamiento político, pero nosotros identificamos esta palabra con la anomia, el desorden... ¡Y es todo el contrario!

*—¿Se debe también a esa inconsciencia histórica que malversa las palabras y las aleja de su etimología?*

—Además hemos de pensar en los neologismos y en la utilización de las palabras sin análisis, ni conciencia del significado. Palabras como «diferencia», «cultura», incluso «religión» son utilizadas de

manera ciega. Palabras como «humanitarismo», que corresponden a la era de la caridad...

*—Ya que hablamos de humanitarismo... En Barcelona se celebró en 2004 el Fórum de las Culturas, un encuentro de 141 días para hablar de la sostenibilidad, la paz, la diversidad... Diálogos sobre grandes palabras...*

—En Francia tuvo poco eco. Creo que todo el problema reside en reflexionar sobre lo que supone la intervención occidental para los países que son objeto de esa intervención: tenemos la intervención militar, la humanitaria... Nosotros pensamos que si hay una guerra los que vienen después para curar las heridas son los médicos... Me pregunto si no son percibidos como un mismo fenómeno, unos compañeros de viaje. Antes de la guerra de Irak se hablaba ya de la reconstrucción...

*—¿Y qué nos enseñó la agresión terrorista del 11-S? En su Diario de guerra usted habla de «globalización interior»...*

—Es la primera vez en la historia del planeta en que el planeta entero se convierte en campo de batalla. Podríamos decir que el terrorismo y las intervenciones militares han desencadenado una guerra civil... planetaria. Nada que ver con las guerras del siglo XX. Es una crisis del mundo que puede suscitar tanto pesimismo como optimismo. La historia no se ha acabado, se podría decir que ha empezado una historia con una dimensión planetaria.

*—Uno de los aspectos más difundidos de su obra es la definición de los «no lugares». Alguien dijo que los restos arqueológicos más significativos de nuestra civilización serán los aeropuertos...*

—El «lugar» es un espacio de socialización. En el «no lugar» no se crean relaciones sociales, hay códigos pero no simbolización. Un mismo espacio puede ser un «lugar» para unos y un «no lugar» para otros. Digamos que los espacios de circulación y de consumo co-

mo los aeropuertos, los centros comerciales, las gasolineras, las autopistas están desarrollando ciudades que se pueden definir en redes de comunicación... Se yuxtaponen, se encajan y por eso tienden a parecerse. Los aeropuertos se parecen a los supermercados, miramos la televisión en los aviones, escuchamos las noticias mientras llenamos el depósito de nuestro coche en las estaciones de servicio, que, a su vez, se parecen cada vez más a los supermercados. Todo esto conlleva la «no lugarización» del planeta, en la medida en que los espacios de consumo son cada vez más extensos. El planeta se vuelve ciudad y la gran ciudad, mundo: las etnias más diversas se congregan en la ciudad.

*—¿Es la pérdida de raíces una estandarización de costumbres que pone en guardia a los nacionalismos?*

—La modernidad, en el sentido del siglo XVIII, es la mezcla, el *melting pot*. El problema es que la modernidad debemos valorarla a escala del planeta y no en países o ciudades. El movimiento de la historia implica el cambio de raíces. Cuando alguien me pregunta de dónde provengo no sé qué contestar: mi abuelo era catalán, mi abuela bretona... Francia es mi nación y puedo ser europeo sin problemas, pero poseo otras experiencias, como mis años africanos en Costa de Marfil y Togo: una cultura dividida, una identidad libre. Es una utopía, pero cada individuo debería desarrollarse a través de experiencias y relaciones. La expresión «derechos humanos» no tiene sentido si no se refiere al individuo. Acepto que en determinados momentos históricos el desarrollo individual pasa por reivindicaciones colectivas, lo entiendo bien... Pero determinadas acciones colectivas pueden ahogar al individuo.

*—En un mundo repleto de «no lugares», usted aborda el turismo como la nostalgia del viaje y el descubrimiento. ¿No queda nada por descubrir en un mundo en que todo se parece cada vez más?*

—Yo tengo la suerte de viajar sin hacer turismo. El turismo como tal no es un viaje de descubrimiento, sino entre imágenes: tenemos los folletos de las agencias de turismo, las imágenes de Internet, las que la gente hace con sus cámaras digitales para luego verlas en casa... El turismo más deleznable es el de los ricos, que van a ver a los pobres. Turistas que van a ver imágenes, no la realidad del país. Siempre lo mismo, las cadenas hoteleras, paisajes estereotipados. El mundo es recorrido hoy en día por flujos de población que van en sentidos contrarios: los inmigrantes a los que sus dificultades económicas precipitan hacia un mundo occidental que han mitificado; los turistas, con el ojo pegado a sus cámaras y encandilados, recorren los países que a menudo son aquellos de donde parten los inmigrantes... Viajar para descubrir, en efecto, resulta cada día más difícil aunque haya formas de turismo social...

*—La gente va en busca de una representación. Confirmar lo que les prometieron en las agencias turísticas.*

—La realidad tiene que parecerse a las imágenes que tienen de ella. Ese gusto por las vistas aéreas: es mejor ver el mundo de lejos, incluso las favelas de noche parecen algo bello.

*—Hemos hablado de finalidades... Esta sociedad valora el atractivo físico, el éxito social, los futbolistas mediáticos... ¿Cómo se educa a la juventud o el Tercer Mundo que recibe el espejismo del lujo por televisión para la vida gris o el fracaso?*

—De nuevo nos encontramos con la utilización de las imágenes. La última gran utopía es una política revolucionaria de la educación. Tendríamos que volcar todos nuestros esfuerzos. Si el sistema reproduce sus estereotipos las víctimas serán siempre los más pobres. En esto soy positivista: la única cosa que cambia de manera extrema es la ciencia; no podemos ni imaginar qué pasará en veinte años. La ciencia no existe para consolar sino para excitar la cu-

riosidad; ésa es la gran cuestión de la educación: de aquí a unas décadas podemos tener una minoría de investigadores y una mayoría desarraigada, la mayor de las desigualdades. La utopía de la educación es progresista y también progresiva...

*—En otra de sus obras afirma que se ha desencadenado «la guerra de los sueños»...*

—La imaginación individual es cada día más difícil. Estoy seguro de que hay gente que incluso cuando sueña, sueña lo que ha visto por televisión. Otra cosa son las relaciones a través de Internet. En la medida en que tomamos los medios de comunicación como medios no hay problema, el problema surge cuando sustituyen la realidad. De nuevo, las víctimas son los más ignorantes y la gente de extracción humilde.

*—Para acabar, ¿qué papel tiene la antropología en el siglo XXI?*

—Ya no basta decir que la antropología ha de ser próxima, cotidiana, porque siempre lo fue. El reto intelectual de la antropología es la relación entre el individuo y los otros; la simbolización, es decir, el pensamiento de la relación tomando en cuenta el contexto. El problema es que hoy el contexto es global, pero la mirada antropológica es todavía posible en cualquier parte. Y no sólo posible, sino necesaria en este mundo planetario: nunca el poder del contexto ha sido tan determinante.

S. D.